

## ¿Cómo sustentar un gobierno? Movilización, política de alianzas y gobernabilidad en el testimonio de actores oficialistas durante el lulismo y el kirchnerismo<sup>1</sup>

Dolores Rocca Rivarola\*

### Resumen

Este trabajo analiza la presencia de la cuestión de la gobernabilidad en las definiciones de pertenencia de distintos sectores a los que podríamos denominar los *oficialismos* de Luiz Inácio Lula da Silva y de Néstor Kirchner. Se entiende aquí por oficialismos a los dos conglomerados de sectores organizados que fueron confluyendo, alejándose y realineándose en torno de las figuras de ambos presidentes. Es, en otros términos, la base organizativa en la que se sostenía el presidente, y cuyas organizaciones y espacios políticos desarrollaron, a lo largo del período escogido por el recorte temporal (2002-2006 en Brasil y 2003-2007 en Argentina, es decir, el primer mandato de Lula y el gobierno de Kirchner), manifestaciones públicas de apoyo a la política oficial o a la figura misma del primer mandatario. Se trata, asimismo, de organizaciones y espacios con algún grado de presencia institucional en el gobierno, ya sea en el Estado o en listas de candidaturas electorales en apoyo al presidente. Dentro de ambos conjuntos oficialistas, se examinarán las nociones presentes en los entrevistados en torno a la sustentación y supervivencia del gobierno –es decir, la gobernabilidad– para vincularlas (como lo hacían los propios entrevistados), en primer lugar, con la configuración y composición del conjunto oficialista (y la política de alianzas

---

<sup>1</sup> El artículo fue recibido por el Comité Editorial de Prólogos en octubre de 2014. Fue evaluado con fecha agosto de 2015.

\* Licenciada en Ciencia Política (UBA). Doctora en Ciencias Sociales (UBA). Directora del proyecto UBACyT 2013-2015 “Concepciones sobre la militancia política en organizaciones oficialistas en tiempos de identidades fluctuantes (Brasil y Argentina desde las presidencias de Lula y Kirchner)”. Docente de Historia Contemporánea en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA); [doloresrocca@gmail.com](mailto:doloresrocca@gmail.com).

que derivó en esa composición) y, en segundo lugar, con la cuestión de la movilización –con las manifestaciones callejeras y las medidas de fuerza como ejemplos paradigmáticos–.

**Palabras clave:** Kirchner, Lula, gobernabilidad, alianzas, movilización

### **Abstract**

This paper analyzes the issue of governability and its presence in the definitions of government-supporting groups that belonged to Luiz Inácio Lula da Silva and Néstor Kirchner's organized base. That base –that we will call, in Spanish, *oficialismo*– is here defined as an ensemble of organized sectors that aligned, drew away and realigned around the two presidents' orbit. It is, in other words, the organized base in which the president found support. There, organizations and more inorganic political groups developed and held, over the period selected by the paper (2002-2006 in Brazil, and 2003-2007 in Argentina, that is Lula's first term and Kirchner's government), public demonstrations in support of official policy or of the president himself. They were, furthermore, organizations and groups with some degree of institutional presence in the government, whether in ministries or other areas of government, or also as candidates of electoral lists or tickets promoted or supported by the government. Within both government-supporting ensembles or bases, we will examine some concepts regarding the support itself and the government's survival (governability). We will link those notions, as the interviewees did themselves, first, with the construction and composition of those ensembles or bases, and, second, with the way they conceived mobilization, with street demonstrations and direct action as paradigmatic examples.

**Keywords:** Kirchner, Lula, governability, alliances, mobilization

### **1. Introducción: interrogantes, marco conceptual y decisiones metodológicas**

¿Qué actores dentro de las bases de sustentación de un gobierno garantizan su supervivencia? ¿De qué modo lo hacen? ¿Acaso la gobernabilidad resulta, en última instancia, más allá de los actores organizados que lo apoyen, tan sólo de la popularidad del presidente, elemento que se ha mostrado considerablemente fluctuante en los últimos años en distintos países de América Latina? ¿Cómo se articulan, a la hora de garantizar esa gobernabilidad, la política de alianzas o composición del conjunto oficialista con la capacidad de movilización de distintos actores colectivos dentro del mismo en defensa del gobierno? Estos

interrogantes difícilmente encuentren una misma respuesta en todos los casos y contextos nacionales. Sin embargo, una mirada sobre el modo en que los propios protagonistas, tanto en Brasil como en Argentina, interpretaban esos problemas en el marco de su pertenencia al oficialismo, puede echar luz, al menos de forma parcial, sobre esos interrogantes, y acaba, asimismo, siendo sugerente para reflexionar sobre esos conjuntos en sí mismos, su carácter, sus dinámicas internas, etc.

Este trabajo se enmarca en una investigación más amplia sobre las dinámicas internas, las identidades y las definiciones de pertenencia presentes en los conjuntos oficialistas constituidos alrededor del gobierno de Néstor Kirchner y del primer gobierno de Luiz Inácio Lula da Silva –en adelante, Kirchner y Lula–. Se interroga sobre los modos en que los propios actores de esos conjuntos –agrupados metodológicamente en tres sectores: espacio partidario, organizaciones sociales y centrales sindicales– experimentaban y definían la cuestión de la política de alianzas o composición del oficialismo y la cuestión de la movilización. Se trata de dos problemas que adquirirían centralidad en ambos casos. Por un lado, porque ambos se vinculaban, en los testimonios, con el problema de la gobernabilidad, y el oficialismo por definición se compone de actores que tienen como propósito explícito sustentar a un gobierno. Por otro lado, porque ambos son indicativos también de las modalidades diversas de definición de la propia pertenencia de estos actores al oficialismo (es decir, de qué involucra esa pertenencia para ellos), algo sobre lo que se volverá al final del trabajo.

El concepto propuesto de *oficialismo* nos permite dar cuenta de un conglomerado de actores que se diferencian de la noción de coalición partidaria no sólo por su diversidad (incluyen agrupaciones no organizadas como partidos, organizaciones sociales y de otro carácter, etc.), sino por sus dinámicas internas. Éstas revisten, en ambos casos nacionales, un carácter informal –más notorio en Argentina que en Brasil–, sin espacios de articulación o decisorios en tanto coalición, y sin espacios de funcionamiento colectivo en tanto conjunto –a diferencia del parlamento como espacio de puesta en escena de una coalición partidaria, por ejemplo–. El oficialismo puede definirse, entonces, como el conglomerado de sectores organizados –aunque con distintos niveles de organización– que van confluyendo, alejándose y realineándose en torno de la figura presidencial. Constituye, en otros términos, la base organizativa en la que se sostiene el presidente, y cuyas organizaciones y espacios políticos desarrollan manifestaciones públicas de apoyo a la política oficial o a la figura misma del primer mandatario. Se trata, asimismo, de organizaciones y espacios con algún grado de presencia institucional en el gobierno, ya sea en el Estado o en listas de candidaturas electorales en apoyo al presidente.

Otra de las nociones que cabría definir aquí es la de *definiciones de*

*pertenencia*. Las reflexiones de los distintos actores que serán presentadas en torno a las cuestiones de gobernabilidad y movilización formaban parte de las definiciones de pertenencia de distintos actores al oficialismo, entendidas en un sentido amplio. Las definiciones de pertenencia al oficialismo en sentido amplio refieren al modo o modos en que los actores del conjunto interpretaban la experiencia de pertenecer al mismo, a través del análisis de distintas dimensiones como el vínculo con el gobierno, el rol que concebían para sí mismos dentro del oficialismo, el impacto que aquella pertenencia tenía sobre la propia organización, las caracterizaciones sobre otras organizaciones oficialistas y las relaciones con éstas, las identidades que aparecen en el marco de la pertenencia, etc. Por otro lado, definiciones de pertenencia en un sentido estricto son entendidas aquí como qué significa o implica para los actores pertenecer al oficialismo, más específicamente, dónde está el “nosotros”. En este trabajo se examinarán nociones que forman parte de las definiciones de pertenencia entendidas en un sentido amplio.

Las reflexiones sobre la pertenencia al oficialismo se enmarcarán aquí en una perspectiva conceptual que define las identidades colectivas no como un conjunto de cualidades predeterminadas, sino como una construcción nunca acabada, abierta a la contingencia (Arfuch, 2002), como identidades descentradas y vinculadas con los significados que los actores van elaborando de su propia experiencia (Elliot, 2001). Se parte así del diagnóstico de Svampa (2009), que señala, en el marco de procesos de individuación, la progresiva desestructuración de los antiguos marcos colectivos de socialización y el consecuente “fin de las identidades ‘fuertes’ e ingreso a una era en la cual las identidades son más efímeras, y los actores desarrollan compromisos políticos y sociales más parciales” (Svampa, 2009: 21). Ello, con un matiz necesario. Los protagonistas cuyos testimonios se recoge no son ciudadanos comunes, sino militantes políticos, dirigentes locales, legisladores, etc. Se trata, entonces, de actores que desarrollan, justamente, compromisos menos parciales, una identidad política más intensa y duradera, y para quienes la política es un eje central de referencia. Sin embargo, ese mismo mundo militante aparece revestido, a su modo, de fenómenos de volatilidad, viéndose transformados en su interior los vínculos de organicidad y pertenencia. La conceptualización que construye Mische (1997) acerca de la noción de identidad deviene útil para transitar ese campo paradójico del involucramiento militante y la pertenencia en un contexto de identidades contingentes y volátiles. Mische reelabora el concepto de identidad en relación con procesos de movilización y activismo, proponiendo tres dimensiones: la identidad *como reconocimiento* (como construcción intersubjetiva al interior de la redes en las que los individuos se insertan), *como experiencia* (es en los espacios de experiencia en esas redes que los individuos establecen compromisos, lazos sociales, significados colectivos, etc.) y *como orientación* (la

identidad termina siendo un mecanismo usado selectivamente por los actores para orientar la acción futura). Desde esta forma de pensar la identidad es que podemos disponernos a reflexionar acerca de la flexibilidad e informalidad de los vínculos y de la pertenencia aun dentro de la militancia y del compromiso político. En esa línea, es sugerente el planteo de Aboy Carlés y Canelo (2011), que señalan la necesidad de prestar atención a la inestabilidad y permeabilidad de los límites ordenadores del lazo político, pensando la narrativa sobre las identidades políticas a través de la imagen de las “manchas superpuestas en constante redefinición” (Aboy Carlés y Canelo, 2011: 11). Las diversas modalidades de definiciones de pertenencias al interior del oficialismo, sobre las que se volverá al final del trabajo, se vuelven inteligibles desde esta forma de concebir a la identidad, y aparecen como resultado, entonces, de un escenario político-electoral de intensa fluctuación y de identidades políticas volátiles que, a su vez, no se traducen necesariamente en identidades partidarias.

En relación con la metodología y las técnicas de recolección y producción de datos, las mismas se han fundado en la perspectiva cualitativa. Las entrevistas de carácter semi-estructurado (Denscombe, 1999; Kvale, 1996) a dirigentes, militantes y legisladores oficialistas han tenido un papel fundamental, siendo complementadas con el análisis de documentos elaborados por las propias organizaciones.<sup>2</sup> Las entrevistas, cabe aclarar, no fueron utilizadas para proveernos de datos objetivos del pasado o del presente, sino interpretaciones subjetivas, basadas en la propia perspectiva de los entrevistados, sobre sus comportamientos, sus experiencias y sus identidades en tanto miembros de organizaciones o espacios oficialistas. Con esas interpretaciones se ha procurado comprender el modo en que los entrevistados concebían determinados procesos, el sentido que les asignaban.<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> A la hora de definir a los potenciales entrevistados, se optó por lo que Patton (2002) denomina un muestreo intencional, es decir conformar una muestra con casos ricos en información a partir de los cuales puede realizarse un estudio que se propone la profundización y no la generalización. En este tipo de muestras, la representatividad no aparece asociada a la lógica cuantitativa sino más bien a lo representativo del caso, la riqueza de éste en relación con el objetivo de investigación. Se han utilizado nombres ficticios para preservar la identidad de los entrevistados.

<sup>3</sup> Todo ello, asimismo, con la cautela que propone James (2004), en torno al testimonio oral en una entrevista:

No obstante, debemos tener una vez más la precaución de no caer en los supuestos de un realismo ingenuo ni imaginar una cualidad mimética en las narraciones orales, cuando expresan conciencia y sentimientos. [...] Si bien el testimonio oral es, en efecto, una ventana hacia los aspectos subjetivos de la historia —el universo cultural, social e ideológico de los actores históricos—, es necesario decir que la visión que proporciona no es el mero reflejo

Dado que el trabajo de campo fue realizado en determinados distritos (San Pablo, Río de Janeiro, Ciudad de Buenos Aires y conurbano bonaerense – especialmente La Matanza–), sus argumentos se circunscribirán a esas localidades.<sup>4</sup>

La decisión metodológica de abordar ambos conjuntos oficialistas, el de Lula y el de Kirchner, a través de tres sectores no ha involucrado una pretensión de exhaustividad ni tampoco ha ignorado el hecho de que había varias intersecciones o superposiciones entre esos tres subconjuntos (fenómenos de doble pertenencia de los entrevistados e incluso inscripción de algunas organizaciones dentro de una central sindical). El agrupamiento y distinción durante la investigación, sin embargo, tuvo como propósito el deshilvanar conjuntos oficialistas heterogéneos y complejos para luego formular algunas observaciones generales de los mismos como un todo.

Aunque el recorte temporal (gobierno de Néstor Kirchner y primer gobierno de Lula) ha excluido períodos posteriores cuyos contrastes y mutaciones en la composición y dinámicas del oficialismo requieren su abordaje por separado, sí se harán algunas referencias a los mismos, procurando interrogarnos preliminarmente sobre cómo esos elementos analizados aquí habrían ido reconfigurándose.<sup>5</sup>

---

transparente de los pensamientos y sentimientos tal como realmente fueron o son. Como mínimo, la imagen está refractada y el cristal de la ventana es poco claro (James, 2004: 128).

<sup>4</sup> En Argentina, las entrevistas (42) se hicieron entre 2005 y 2010, en la ciudad de Buenos Aires y en distintos municipios del conurbano bonaerense, área metropolitana caracterizada históricamente por altos niveles de voto al peronismo (con un predominio de entrevistas en La Matanza, distrito con la mayor población de toda la provincia de Buenos Aires). En Brasil, al no ser mi país de residencia, las entrevistas (32) se realizaron en el marco de dos viajes de trabajo de campo (2008 y 2009) a la ciudad de San Pablo, la mayor área metropolitana del país y el centro urbano en cuyo cinturón industrial nació y creció el Partido de los Trabajadores (PT), y a Río de Janeiro. Esta última ciudad, al igual que la de Buenos Aires, en Argentina, es, a la vez que un centro urbano de peso en el país, un distrito tradicionalmente difícil para el PT en términos de apoyo electoral. Es decir, mientras que San Pablo y el conurbano bonaerense eran lugares especialmente importantes en la historia del PT y del PJ, Río de Janeiro y la Capital Federal eran, en cambio, dos ciudades más adversas electoralmente y organizativamente para el PT y el PJ, y en las que Lula y Kirchner, sin embargo, fueron ganando más adeptos.

<sup>5</sup> En los últimos años, aquellos períodos posteriores a 2007, han sido analizados a partir de nuevos interrogantes acerca, esta vez, de la militancia oficialista. Para consultar avances parciales de esa investigación en curso, ver Rocca Rivarola (2013 y 2015b).

## 2. Contextualización política: la llegada al poder y la debilidad inicial

### 2.1 Brasil: Transformaciones del PT y llegada de Lula al poder

El proceso de fundación del PT, en el último tramo de la dictadura brasilera, exhibió su amplia heterogeneidad inicial. El nuevo partido agrupaba a activistas marxistas, miembros de la comunidad católica vinculada a la teología de la liberación –*Pastoral da Terra* y *Pastoral Operaria*, por ejemplo–, intelectuales, líderes sindicales y de movimientos sociales. Esa heterogeneidad resultó en un partido con una variedad de corrientes de opinión que terminaron siendo aceptadas institucionalmente como sectores diferenciados dentro del partido y pudiendo competir y tener representación propia en las instancias de toma de decisión (Freire de Lacerda, 2002). Una de esas tendencias, *Articulação*, en alianza con otros sectores minoritarios, conformó el denominado *campo majoritário* logrando controlar al partido durante varios años a partir de los noventa. Pero *Articulação* no era sólo la tendencia mayoritaria dentro del partido, sino aquella organizada en torno a Lula. Y Lula no era un mero dirigente partidario o conductor de una tendencia, sino un líder que iba adquiriendo una popularidad y un apoyo electoral que iba mucho más allá del partido, y que podía ser explotado para tejer una alianza amplia que se aglutinara centralmente en torno a su liderazgo, incluso con fuerzas reticentes al PT.

El proceso de transformación interna del PT ya desde la década del noventa (Meneguello y Amaral, 2008; Secco, 2011; y otros), que es central para entender la reconfiguración de la imagen pública de Lula en la campaña de 2002, incluyó una moderación del discurso político, una flexibilización de la política de alianzas, una transformación del perfil socio-económico de la base del PT, una autonomización de los liderazgos ejecutivos y legislativos respecto del partido, y una reforma organizativa (con elecciones bianuales directas de autoridades), entre otros fenómenos.

En 2002, la campaña de Lula expone de modo intencional su “conversión” (Rubim, 2003; Goldfrank y Wampler, 2008). La alianza con el Partido Liberal (PL) y la designación de uno de sus dirigentes –el empresario y senador José Alencar– como candidato a vicepresidente de Lula era ya por sí misma todo un símbolo. Otro signo claro fue la *Carta Ao Povo Brasileiro*, lanzada por el equipo de coordinación de campaña –el procedimiento de presentación pública de la carta omitió las instancias de discusión al interior del PT– en junio de 2002 como compromiso con ciertas pautas de política económica liberal (leyes de “responsabilidad fiscal”, superávit, el pago de la deuda externa, cumplimiento de los contratos y mantenimiento de la relación con el FMI). Lo ocurrido con la carta expresaba la aguda tensión que marcaba al PT en 2002, entre la necesidad, por un lado, de mostrar a ciertos actores del mundo financiero

que un gobierno de Lula no significaba una ruptura amenazante para ellos, y, por otro lado, el perfil y base electoral y militante histórica del PT. La campaña lulista de 2002 sería, asimismo, una campaña profesionalizada y transitada a partir de una lógica mucho más mediática que militante (Goldfrank y Wampler, 2008), especialmente en comparación con las campañas previas del PT (1989, 1994, 1998). En la segunda vuelta electoral confluyeron en un apoyo al candidato del PT fuerzas políticas que poco antes habían competido contra éste, lo cual no garantizaba que todos los directorios estaduais de esos sellos partidarios desarrollaran esfuerzos militantes efectivos para ampliar el desempeño electoral de Lula en el *ballotage*. Lula llegaría al poder en 2002, por lo tanto, con un PT profundamente transformado, diluyéndose algunas de esas cualidades que lo habían colocado como una excepción al resto del espectro partidario, por un lado, y recibiendo un enorme caudal de votos dirigidos a Lula que no se traducían en un capital electoral semejante para los candidatos del partido para las cámaras o en los Estados y municipios brasileiros.<sup>6</sup> A nivel parlamentario, el oficialismo resultante de las elecciones de 2002 iniciaba su gestión con un formato de poder lánguido. El escenario se tornaba más adverso tomando en cuenta que el PT sólo tenía tres gobernadores propios sobre un total de 27, y no controlaba muchos de los gobiernos estaduais de mayor peso (que estaban en manos del PSDB y el PMDB). El gobierno se orientó, a través de la figura de José Dirceu<sup>7</sup> –que se transformaría en un articulador fundamental del conjunto oficialista–, a buscar aliados como el PMDB (amplio conglomerado fragmentado y heterogéneo) y el Partido Progresista (PP). Asimismo, algunos legisladores de otros sellos partidarios que no estaban dentro de la base oficialista migrarían hacia sellos como el PTB y el PL, que sí lo estaban. Luego del primer año de gobierno, Lula ya contaba con una base oficialista que representaba 3/5 de la Cámara de Diputados (Santos, 2005).

## 2.2 Argentina: las bases pos-electorales del kirchnerismo

En Argentina, al momento de la elección de Néstor Kirchner como presidente, el peronismo organizado se encontraba desde hacía años en una profunda fragmentación que Arzadun (2008) denomina un estado de “feudalización interna”, cuyo punto culminante fue justamente 2003 con tres candidatos presidenciales referenciados en el peronismo. Había experimentado, asimismo,

---

<sup>6</sup> Por supuesto ello no niega un crecimiento sostenido del PT desde su fundación hasta 2002 en términos de votos propios en las localidades y a nivel nacional.

<sup>7</sup> Dirceu había sido presidente del PT desde 1995 y durante el primer gobierno de Lula ocupó el cargo de jefe de la casa civil, hasta que las denuncias sobre el denominado “Mensalão” derivaron, en 2005, en su renuncia.



dos décadas de intensa transformación en términos de sus bases electorales y de su modo de funcionamiento interno, sobre todo a partir del avance, a mediados de los años ochenta, de la fracción denominada “renovación peronista”<sup>8</sup> y luego, a partir del gobierno de Carlos Menem y el consecuente debilitamiento de los sindicatos, tanto en términos de su rol en las políticas públicas, como de su espacio y margen de acción en la relación de fuerzas dentro del Partido Justicialista (PJ) (Gutiérrez, 1998). Paralelamente, a partir de la derrota en las elecciones presidenciales de 1983, y con el acceso a una base de financiamiento alternativa a los sindicatos –los fondos estatales municipales y provinciales–, las agrupaciones peronistas –agrupamientos territoriales que nucleaban varias Unidades Básicas, la organización de trabajo político de base por excelencia del peronismo– proliferarían al margen tanto del movimiento sindical como de las autoridades partidarias (Levitsky, 2003). En los últimos años del gobierno de Menem y el breve período de gobierno de De la Rúa asistimos a un escenario de competencia entre distintos polos provinciales de poder dentro del peronismo. En el marco de una crisis económica, política y social inédita en la historia argentina, que incluyó la renuncia de De La Rúa, Eduardo Duhalde –designado presidente en enero de 2002 por la Asamblea Legislativa– también tendría un mandato acortado, anunciando, luego del asesinato por parte de la policía bonaerense de dos manifestantes piqueteros durante la represión de una protesta en el puente Pueyrredón, en la localidad de Avellaneda, en junio de 2002, la decisión de adelantar las elecciones a abril de 2003. Luego de un desfile de precandidatos – Carlos Reutemann, Manuel De la Sota– que, por distintos motivos según el caso, fueron descartados, el presidente se inclinaría, sólo tres meses antes de los comicios, por respaldar a otro dirigente, Néstor Kirchner, que había iniciado ya una tímida campaña pero con vistas a su mera instalación en la escena electoral bajo el objetivo de un eventual triunfo recién en 2007. La precandidatura de Kirchner era lanzada en enero de 2003 bajo el sello “Frente para la Victoria”, desde la quinta antiguamente perteneciente a Juan Domingo Perón en la localidad de San Vicente, provincia de Buenos Aires –todo un símbolo de respaldo de gran parte del PJ bonaerense, que se encolumnaba detrás de Duhalde y del candidato elegido por éste–. Poco después del anuncio de aquel respaldo por parte del presidente interino, los niveles de “intención de voto” a Kirchner crecían notoriamente.

Gran parte de la campaña de Kirchner transcurrió en el conurbano bonaerense, valiéndose de las redes territoriales peronistas afines a Duhalde para

---

<sup>8</sup> El peronismo renovador (Altamirano, 2004; Levitsky, 2003) se proponía trazar una distancia manifiesta respecto de los sectores que habían controlado el partido desde la muerte de Perón, y planteaba una reivindicación nada nueva: autodefinirse como el verdadero peronismo.

instalar al candidato a través de diversos actos proselitistas y una campaña marcada por el intento de asociación de la figura de Kirchner a los intendentes locales. Al igual que Lula, Kirchner llevó adelante algunas tácticas previas a las elecciones, aunque éstas no tenían el objetivo unívoco que había procurado el PT brasileiro de atraerse el voto de centro sino más bien mostrar, por un lado, continuidad con la gestión de Duhalde en términos económicos (promesa de mantener al entonces ministro de economía, Roberto Lavagna, por ejemplo), y, por otro, lograr un enfrentamiento de lógica binaria con el candidato mejor posicionado, Carlos Menem, para poder enfrentarlo en una segunda vuelta electoral.

Con un magro 22,24% en la primera vuelta, Kirchner quedaba en segundo lugar, consagrándose como presidente ante la decisión de Menem (que había sido votado por un 24,45% del electorado) de no competir en el *ballotage*. Así, el nuevo mandatario contaba con un sostén parlamentario precario, en alguna medida “hipotecado”, dado que parte de los legisladores provenientes del PJ necesarios para lograr mayorías parecían responder más al liderazgo de Duhalde que al de su apadrinado político. Sin embargo, a medida que Kirchner cosechaba altos niveles de aprobación en la opinión pública se producía un progresivo alineamiento de legisladores y de su voto en el Congreso en torno a las iniciativas presidenciales (Cheresky, 2004: 10). En diciembre de 2003, el presidente tenía un nivel de aceptación del 77% (Observatorio Electoral Latinoamericano). Y para las elecciones legislativas de octubre de 2003, Kirchner procuraría instalar candidatos afines a su liderazgo en las listas del PJ en varias provincias. Luego de esos comicios, Kirchner contaba con 16 gobernadores identificados como dentro del peronismo (a los que se le sumaba el apoyo no peronista al presidente por parte de los gobiernos de la Ciudad de Buenos Aires y de Corrientes); y bloques oficialistas cómodamente mayoritarios en el Congreso. De ese modo, comenzaba a consolidarse el apoyo de las redes peronistas a su gobierno, aunque no la unidad y unanimidad al interior de éstas. Las elecciones de 2005 –en las que una porción del peronismo bonaerense se enfrentó con la otra, que acompañaba la candidatura a senadora de Cristina Fernández de Kirchner– constituirían una evidencia de esa disgregación, así como del carácter precario del alineamiento de una parte del peronismo bonaerense al presidente, y de la afluencia de otros actores –con distintos niveles de organicidad– a la base de sustentación del presidente. Así, a la hora de caracterizar el proceso de constitución del oficialismo kirchnerista, hacer un abordaje del mismo en términos de “partidos” que lo integraron sería forzar los términos dado que el kirchnerismo fue nutriéndose con la llegada de dirigentes y grupos provenientes de distintos partidos, contasen o no con el apoyo formal de éstos. El mismo sello electoral asumido como propio por el presidente Kirchner, el Frente para la Victoria (FPV), iría representando una diversidad de realidades políticas a lo

largo de su gobierno. Por su parte, durante gran parte de la presidencia de Néstor Kirchner, el PJ, fuerza de la que provenía el propio presidente, permanecería intervenido formalmente y acéfalo. Asimismo, además de la apelación y el discurso desprovisto de parte de la clásica liturgia e iconografía peronista del presidente, el modo de funcionamiento, en la práctica, del oficialismo kirchnerista había dejado a las redes justicialistas en un lugar difícil y distinto al que podría imaginarse como producto de la llegada al poder de un dirigente proveniente del PJ. Sidicaro describía ese relegamiento del PJ durante el gobierno de Kirchner hablando de un “gobierno de líder sin partido” (Sidicaro, 2010:256).

### **3. Política de alianzas y gobernabilidad**

Aunque con matices significativos, la cuestión de la composición del oficialismo o lo que los actores denominaban en Brasil la “política de alianzas” cobraba, tanto en el gobierno de Néstor Kirchner como en el de Lula, un peso considerable en los testimonios de los entrevistados, para pensar la gobernabilidad, o la sustentación y supervivencia del gobierno. Ambos puntos aparecían así íntimamente asociados y mutuamente condicionados. Sin embargo, se advertía un marcado contraste, entre ambos casos nacionales, en torno a las características específicas de esa incidencia o condicionamiento mutuo.

En Brasil, de acuerdo con los entrevistados, la política de alianzas era pensada, elaborada y aprobada con la gobernabilidad como objetivo. No sólo la base oficialista parlamentaria inicial era débil,<sup>9</sup> sino que era la primera vez que un candidato del PT estaba en el gobierno; y prevalecía en el partido la noción de que era necesario lograr mayorías consolidadas en ambas cámaras. La gobernabilidad se presentaba así como una fuerza de impulso a la ampliación del conjunto oficialista. En Argentina, en cambio, la gobernabilidad, indirectamente, derivaba –o se pensaba que derivaría–, a través de su pretendido garante, el Partido Justicialista, en un límite a la amplitud de la composición oficialista.

Cabría agregar que, con el paso de los años, y ya en los gobiernos de

---

<sup>9</sup> Como resultado de las elecciones de 2002, quedaba configurada una coalición parlamentaria débil (Sallum, 2003: 6), que evidenciaba la necesidad acuciante de nuevos aliados. Entre todos los partidos de la base oficialista, y agregándose algunos diputados del PMDB que estaban negociando su ingreso al oficialismo, sumaban 253 miembros sobre un total de 513 escaños, no llegando así al mínimo de 308 votos requeridos, por ejemplo, para aprobar reformas en la Constitución –se necesitaba esa cantidad y en dos votaciones en cada una de las cámaras– (Sallum, 2003: 6). La situación en el Senado era aún más delicada: de un total de 81 escaños, la base oficialista contaba con sólo 32 senadores.

Cristina Fernández de Kirchner y Dilma Rousseff (período que excede el recorte temporal de este trabajo), los propios actores al interior del oficialismo han comenzado a cuestionar esa relación entre gobernabilidad y política de alianzas. Dos hitos en el camino a ese cuestionamiento han sido, tal vez, 1) la denominada “crisis del campo” en Argentina en 2008, donde las redes del PJ demostraron una capacidad –o disposición, por lo menos– muy relativa para movilizarse en defensa del gobierno o para abroquelarse en el Congreso para apoyar el proyecto de ley oficialista de retenciones móviles (inicialmente planteado como una resolución del ejecutivo); y 2) la reciente, y aún en curso, oleada de protestas callejeras contra el gobierno de Dilma en Brasil, frente a la cual una parte significativa de la base parlamentaria de la presidenta, especialmente el PMDB, ha mostrado una actitud vacilante y tímida frente a una impugnación directa a la permanencia de Rousseff en el poder durante lo que resta de su segundo mandato (e incluso fue el presidente de la Cámara de Diputados, Eduardo Cunha, quien habilitó, aunque sin el aval público del partido, el inicio de un proceso legislativo que podría derivar en el impeachment). Pero lo cierto es que, durante el gobierno de Lula y Kirchner, antes de las dos coyunturas mencionadas, la relación entre la gobernabilidad y la políticas de alianzas era postulada por los propios actores al interior del oficialismo como un vínculo íntimo y de mutuo condicionamiento.

En Brasil, el criterio de gobernabilidad era central en la configuración de la política de alianzas. Ésta se planteaba, desde el PT y algunos partidos históricamente aliados, como necesariamente amplia, hasta un punto incluso polémico, en términos de la incorporación de sellos partidarios representativos, según la militancia, de todo aquello que el PT había criticado durante décadas. Y, luego, el mantenimiento de esa política de alianzas –reconocida como no fundamentada en coincidencias programáticas, trayectorias organizativas comunes, etc.– era considerado determinante para garantizar la supervivencia del primer gobierno de un presidente proveniente del PT. La búsqueda de la gobernabilidad y la conciencia de no constituir una mayoría llevaba, entonces, a expandir la política de alianzas.

Gaspar: Los otros partidos que componían, y que componen hoy la alianza de gobierno, la mayoría del gobierno... yo sólo veo una única razón por la que están ahí: la estabilidad del gobierno, la estabilidad política. No existe, a mi entender, compromiso programático –y ni siquiera un compromiso pragmático– con el PMDB o con el PP o con el PTB. [...] Lo que existe la verdad es un mero intercambio de intereses.

(Entrevista N° 17 en Brasil. Gaspar, dirigente del PT de Río de Janeiro)

Raimundo: No teníamos una correlación de fuerzas en 2002, como no la tendríamos en 2006, como no la tenemos hoy para hacer el gobierno que proponíamos en 1989. Nosotros somos minoritarios, en la correlación de fuerzas, en la política, como proyecto nosotros somos minoritarios en Brasil. [...] No gobernamos en la sociedad sin establecer un mínimo de acuerdo con las fuerzas conservadores, que en este país son poderosísimas.

(Entrevista N° 29 en Brasil. Raimundo, dirigente del PSB en Río de Janeiro).

En Brasil, la gobernabilidad no sólo era esgrimida para justificar una amplísima política de alianzas de cara a la elección presidencial de 2002 y luego en el parlamento, sino que hasta era vinculada, en el relato de algunos petistas, a la pérdida de espacio e influencia del PT sobre el gobierno.<sup>10</sup> Esa merma en la influencia del PT sobre el gobierno o “despetización”, cuando era aceptada (dado que muchos petistas la relativizaban como fenómeno), era explicada como subproducto del criterio de gobernabilidad. Ingrid, legisladora del PT en Río de Janeiro, insinuaba, de modo crítico, por ejemplo, que el argumento de la gobernabilidad había servido como excusa para un fenómeno de “despetización” del gobierno, es decir, para una pérdida de espacio político del PT dentro del oficialismo. En otros términos, para los actores entrevistados, incluso para los propios petistas, el PT no garantizaba la gobernabilidad (ni por sí solo ni con sus aliados históricos, como el PCdoB, el PSB, la Central Única de Trabajadores – CUT–, el Movimiento Sin Tierra –MST–, etc.).

---

<sup>10</sup> Ribeiro (2008) habla de “un distanciamiento simbólico entre los dos [*Lula y el PT*] ya que el presidente establece una vinculación directa con amplios estratos del electorado, sin la intermediación de su partido. Ese distanciamiento en el plano simbólico quedó evidenciado en las dos campañas victoriosas de Lula, en las que el partido y su principal marca, la estrella roja, prácticamente desaparecieron de todas las principales piezas publicitarias del candidato, cada vez más centradas en su imagen personal” (Ribeiro, 2008: 87). Los entrevistados petistas, por su parte, descreían de la idea de un fenómeno de despetización del gobierno de Lula. Algunos de ellos, sin embargo, identificaban una suerte de proceso de despetización de Lula previo a la llegada al poder. No aparecía, entonces, en el caso brasileiro, esa tensión entre la base militante identificada como petista y un gobierno supuestamente distanciado del folklore y de la simbología del PT como sí se observaba en las entrevistas a militantes del PJ en Argentina. En Brasil, para los entrevistados, era el PT el que había cambiado –y lo había hecho antes de 2002–, y no el gobierno el que había dejado de lado al PT.

Al igual que en los relatos brasileiros, la vinculación estrecha entre la configuración de las alianzas y el criterio de gobernabilidad también se observaba en Argentina, pero con otra orientación, postulada en un sentido diferente.

En el caso argentino, más allá de un interés inicial de Kirchner de ampliar su base de sustentación a actores por fuera del Partido Justicialista, los entrevistados de todo el espacio partidario oficialista (aquellos entrevistados hasta el final del mandato de Néstor Kirchner) consideraban que el actor por excelencia que funcionaba como un garante de la gobernabilidad (o una amenaza a la misma, en caso de ser opositor) era el PJ. Era el PJ, y no las demás organizaciones, sellos electorales<sup>11</sup> y espacios que fueron confluyendo en el kirchnerismo, el que podía entonces, según el relato de los entrevistados, ser el sustento último de la supervivencia del gobierno. Ello aun a pesar del estado de disgregación de sus redes. Detengámonos un instante en este punto. El concepto de *redes disgregadas* se utiliza aquí para hacer referencia al PJ a partir de la observación del estado en que éste se encontraba durante el gobierno de Kirchner. Como ya vimos, el PJ fue intervenido por la Justicia en 2005 y desde entonces permaneció acéfalo y sin reuniones de sus autoridades provinciales. Durante el gobierno de Kirchner se produjeron diferentes (y hasta opuestas) manifestaciones y pronunciamientos públicos de grupos y redes identificadas como parte del partido. La utilización del sello PJ no tuvo tampoco una continuidad ni pautas coherentes y sostenidas entre los distintos procesos electorales durante el período: fue utilizado en algunas provincias u ocasiones como el sello oficialista, como sello opositor a Kirchner, y también como actor, entre otros, dentro del sello oficialista “Frente para la Victoria”. Todos estos elementos son ejemplos de una situación en la cual el PJ no funcionó internamente como una unidad partidaria.

Pero, aun tratándose de *redes disgregadas*, las redes del PJ eran vistas

---

<sup>11</sup> Existían, en el caso argentino, situaciones que difícilmente podamos caracterizar como algo más que meros *sellos electorales*. Se trataba de nombres de partidos nuevos, utilizados sólo durante el proceso electoral para la presentación de candidaturas sin un correlato organizativo más allá del período de campaña. Este tipo de sellos o leyendas proliferó, por ejemplo, en las elecciones de 2007 en la provincia de Buenos Aires, donde esos sellos eran funcionales a la estrategia de habilitación de varias listas locales opuestas entre sí pero que apoyaban al gobierno nacional (fenómeno de las listas colectoras). Mientras que un *sello partidario* –concepto que podríamos aplicar para referirnos a distintas fuerzas políticas en Brasil, como el PMDB– mantenía una vida interna más allá de los procesos electorales (aunque fuese una vida heterogénea, descentralizada y no unificada), el sello electoral era tan sólo un nombre legal que podía ser usado (o prestado) por algún candidato local y desaparecer de la siguiente elección, sin haber generado ningún tipo de actividad político-partidaria entre ambos comicios.

por los entrevistados del grueso del oficialismo (incluso de las organizaciones sociales y de los sellos partidarios kirchneristas al margen del PJ), durante el gobierno de Néstor Kirchner, como la garantía de la sustentabilidad del gobierno, y, por ello, un actor ineludible o que no podía quedar al margen del armado oficialista.

A partir de una caracterización similar es que, por su parte, los militantes y dirigentes locales de las redes del PJ pensaban a éste como merecedor de un mayor reconocimiento, influencia y espacio al interior del oficialismo del que había ocupado durante la mayor parte de la presidencia de Kirchner. Consideraban, en el mismo sentido, a la transversalidad como un fenómeno pasajero y como protagonizada por actores débiles en términos de peso territorial y organizativo. En esa lectura de los entrevistados del PJ, el presidente se habría dado cuenta, hacia el final de su mandato, de que para sostenerse y gobernar necesitaba ese ingrediente, un PJ reactivado y con un papel dominante en el conjunto oficialista. Y por ello se aprestaba en 2008, ya terminado su mandato e iniciado el de su esposa, Cristina Fernández de Kirchner, a presidir el partido. Como quedó evidenciado luego de la muerte de Kirchner y con el ascenso de La Cámpora, ese proceso, de todos modos, exhibió claras limitaciones en términos de la posibilidad del PJ de comenzar a funcionar orgánicamente como un partido en los años posteriores pero también en términos de su lugar dentro del armado oficialista. Pero, durante el gobierno de Néstor Kirchner permaneció, aunque en estado de latencia, una tensión visible entre la estrategia presidencial de un armado más amplio y las redes locales del PJ, cuyos entrevistados reclamaban un lugar más central al interior del oficialismo y apelaciones presidenciales más “peronistas”.

En ese sentido se entiende el énfasis que varios de estos entrevistados del PJ colocaban en un supuesto viraje de la estrategia presidencial en torno a su base oficialista en los últimos meses del mandato de Néstor Kirchner. En la lógica de sus testimonios, la política de alianzas de Kirchner del inicio (desde 2004), la transversalidad, no le había alcanzado al presidente en términos prácticos, teniendo luego que reafirmar el rol del PJ: “¿Te acordás que al principio del mandato hablaba de un movimiento transversal el presidente, y después no habló más? Y últimamente se empezó a hablar de la reorganización del PJ” (Entrevista N ° 15 en Argentina. Javier, militante del PJ de La Matanza). Más allá de una posible discusión de si Kirchner efectivamente reposicionó, en 2008, al PJ dentro del oficialismo, es significativo el relato de estos actores, que tenían un especial interés en que lo hiciera. Rodrigo, proveniente del PJ pero que al momento de la entrevista era oposición al gobierno local al que respondía Javier, sostenía una lectura similar:

Rodrigo: Me parece que el presidente se ha dado cuenta, por eso

hizo un giro en la política, por eso empezó con la transversalidad y terminó acordando con los caciques tradicionales territoriales, porque se dio cuenta que son un factor de poder impresionante. De hecho si vos no manejas el poder central o poder nacional con estos sectores te puede pasar lo que pasó en algunos casos como el 20 de diciembre...<sup>12</sup>

(Entrevista N° 22 en Argentina. David y Rodrigo, militantes de una agrupación peronista de La Matanza opositora al intendente local).

Más que demostrar si el PJ era o no efectivamente un factor de poder territorial garante de la gobernabilidad, estas citas evidencian que los militantes de esas redes deseaban ser considerados de ese modo por el presidente. Especialmente en competencia con actores que ellos veían como débiles en ese mismo aspecto y que, sin embargo, habían sido el centro de las apelaciones políticas y convocatoria del presidente desde 2004 (transversales, organizaciones sociales). Para el kirchnerismo transversal, por otro lado, la gobernabilidad también radicaba en el PJ, y el temor era que la base oficialista terminara reconfigurándose en torno a ese polo organizativo:

Román: Me parece que está siempre esa disputa. En algunos momentos, que, como yo creo en el 2005, que fue de un avance de lo que podríamos decir los sectores más progresistas. Y tal vez en el 2007, hubo sectores más tradicionales del Partido que ganaron terreno, como pasa con intendentes del conurbano. [...] Muchos de los espacios que integran este proyecto político [*el de Kirchner*], y que articulan y funcionan dentro de la estructura del gobierno nacional, no tienen cabida dentro de la expresión del Partido Justicialista como única expresión electoral. [...] yo tengo este cenicero y quiero poner tres litros de agua ahí... no. Entonces digo, busquemos el balde para contener esto.

---

<sup>12</sup> Rodrigo se refería, con esa fecha, a la renuncia del presidente Fernando De la Rúa en un contexto de conflictividad social y política que combinó protestas callejeras con un escenario de saqueos. Algunos dirigentes políticos de la época insinuaron que, más allá de un estallido social producto de una crisis que llevaba mucho tiempo, en algunos distritos del conurbano bonaerense habría habido bandas que respondían a los gobiernos locales incitando esos saqueos. Para un análisis sobre los hechos y sobre el rol de redes locales del PJ, ver Auyero (2006).



(Entrevista N° 36 en Argentina. Román, legislador kirchnerista de la provincia de Buenos Aires).

Para Román, el PJ constreñía la política de alianzas sin poder, por otro lado, constituirse en un polo de atracción y de inclusión de toda la diversidad de espacios y organizaciones kirchneristas que estaban por fuera del partido. Entonces que el PJ fuera privilegiado como estructura principal conducida por el propio Kirchner era un problema para todos aquellos que quedaban sin estructura propia, o relegados en el formato oficialista. Rubricando esa lectura de una centralidad del PJ para la gobernabilidad, Alicia, legisladora proveniente del Frente Grande, afirmaba: “yo creo profundamente que nadie puede gobernar el país si no conduce al peronismo. Y entonces, por eso cuando Néstor fue a conducir el PJ, yo estaba de acuerdo”. Paradójicamente, en las elecciones legislativas posteriores a la asunción de Néstor Kirchner como presidente del PJ (2009), el kirchnerismo obtendría resultados magros (en comparación con su desempeño electoral en 2005 y 2007), especialmente en centros urbanos como Córdoba, Santa Fe, Ciudad de Buenos Aires e incluso en la provincia de Buenos Aires.

Pero, durante el gobierno de Kirchner, y mirando el relato de los entrevistados, en términos comparativos, si la gobernabilidad era un factor que llevaba la política de alianzas aún más lejos en Brasil, que la ampliaba mucho más allá de los aliados históricos del PT; en el caso argentino, en cambio, la gobernabilidad era empleada como argumento para insinuar un límite a la política de alianzas del presidente: no sólo Kirchner no rompía con el PJ sino que en 2008, ya terminado su gobierno, se disponía a encabezarlo, aunque ese proceso no tuviera luego los resultados y el alcance a mediano plazo que los militantes de las redes del PJ habían esperado (Rocca Rivarola, 2015a).

#### **4. Movilización y gobernabilidad**

La cuestión de la movilización cobraba, en los relatos de los entrevistados, significados y gravitaciones diversas. En algunas organizaciones se perfilaba como un rol concebido como distintivo, como aquello que algunas organizaciones podían aportar específicamente para contribuir a la sustentación del gobierno. Pero, a la vez, evocaba cierta incomodidad –advertida en Brasil, no así en Argentina– en términos de la metamorfosis de esa capacidad a partir de la pertenencia al oficialismo. Es decir, luego de años de autodefinirse como actores con capacidad de movilización reivindicativa o de presión, ¿cuánto de ese tipo de movilización era aún aceptable –y había sido efectivamente llevada a cabo– en el marco de la pertenencia o afinidad con un gobierno? La respuesta a ese interrogante variaba según se tratase de los entrevistados argentinos o brasileros.

En los primeros, ese tipo de movilización no había tenido lugar. Entre los segundos, aparecía, en algunos casos, como el de los miembros de la CUT, como un elemento presentado como deseable pero riesgoso y sin un correlato en la práctica. Y, en otros casos, como el MST brasileiro, la movilización, sostenían, debía mantenerse aun en el marco de un gobierno afín.

Por otro lado, en lo que respecta a la movilización de tipo defensivo, en Brasil, ésta se configuraba, especialmente al interior del sector que he denominado “espacio partidario” dentro del oficialismo, como un criterio delimitador de la pertenencia considerada genuina. En Argentina, en cambio, todos los actores colectivos parecían estar dispuestos a movilizarse en defensa del gobierno (o con un objetivo aclamatorio). Entonces, allí, la coexistencia en la acción de respaldo ponía en juego otro fenómeno, advertido durante la observación participante de actos políticos, que se denominará de *suspensión fallida*. Veamos, entonces, cómo se plasmaban estos elementos.

En primer lugar, en Argentina, la movilización en su carácter defensivo o aclamatorio era un mecanismo del que se valía todo el conjunto oficialista. Movilizarse en defensa del gobierno era exhibir lealtad y apoyo frente a las amenazas externas, y reconocimiento de lo hecho por aquél. El ejemplo por excelencia fue la concentración aclamatoria (y marcha previa) en la Plaza de Mayo el 25 de mayo de 2006, en el tercer aniversario del gobierno de Kirchner.<sup>13</sup> Ese tipo de concentraciones incluía la participación de diversas organizaciones oficialistas como demostración de la capacidad de convocatoria y de organización del propio gobierno. Pero, a la vez, dada la tensión entre algunas de esas organizaciones, esa concentración ponía en juego otro elemento característico del oficialismo kirchnerista, que podríamos denominar *suspensión fallida*, basándonos en el concepto de suspensión acuñado por Hermanowicz y Morgan (1999), como mecanismo operante en los rituales de colectividades o grupos.<sup>14</sup> Hermanowicz y Morgan han estudiado el rol de las prácticas rituales en la construcción de identidades colectivas. Para ellos, los rituales contienen en su seno tanto cohesión social –consolidan y revitalizan sentimientos y creencias compartidas entre los miembros de un grupo– como conflicto. Y uno de los

---

<sup>13</sup> En realidad, el oficialismo kirchnerista apeló mucho más cotidianamente a la movilización de sus bases a partir del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, que durante el gobierno de su esposo.

<sup>14</sup> Sautu (2003) afirma que los rituales pueden ser considerados pautas de conducta repetidas que se desempeñan en formas preestablecidas en circunstancias y tiempos, también específicos, involucrando el uso de símbolos y expresiones simbólicas. La autora se vale de Durkheim, asimismo, para atribuirle a los rituales una función de crear solidaridad y mantener la cohesión social al interior de un grupo: crean lazos, construyen una auto-imagen, negocian las relaciones, controlan a los otros (Sautu, 2003: 108-109).

modos en que los grupos usan los rituales para construir identidad sería la “suspensión”: en el momento del ritual se suspenderían las categorías y divisiones al interior del grupo, en pos de una unidad transitoria. Si miramos la concentración kirchnerista del 25 de mayo de 2006 –tan sólo como ejemplo, dado que lo mismo ocurrió en muchas otras concentraciones y actos oficialistas– podemos ver que en ella intervenía este mecanismo de “suspensión”, dado que todas las organizaciones estaban allí para el mismo propósito –más allá de sus tensiones– y con consignas similares, de aclamación del gobierno. Pero a la vez, esa suspensión no se realizaba plenamente, porque la propia manifestación pública se convertía en la oportunidad para demostrar al presidente, a las demás organizaciones presentes, e incluso a la opinión pública –a través de la cobertura mediática del evento– la fuerza de la propia organización o de sus redes específicas (en el caso del PJ, de cada una de las redes locales, no del partido como tal). Esa fuerza se medía en términos del número de personas movilizadas dentro de esa columna, especialmente a través de accesorios distintivos, como pecheras, gorros, banderas, cordón de seguridad, carteles individuales, y otros elementos que resaltarán la visibilidad. Todo ello contribuía a delimitar las columnas, haciendo perceptible el tamaño de cada una y, por tanto, el peso de cada organización o red. La tensión y competencia entre los actores seguía, por lo tanto, operando. La suspensión de la que hablan Hermanowicz y Morgan no era, en este caso, plena.<sup>15</sup> En esa misma lógica de suspensión fallida podemos inscribir el hecho de que durante la campaña electoral de 2007, plenamente conscientes del relegamiento de la liturgia peronista durante años por parte de Néstor Kirchner,<sup>16</sup> las agrupaciones peronistas en La Matanza “impusieron” el

---

<sup>15</sup> También lo ilustraba la tensión palpable en actos en las localidades, entre las redes del PJ local y organizaciones sociales como Barrios de Pie, la cual en ocasiones desplegaba un marcado dispositivo de seguridad alrededor de sus militantes. Es el caso del acto por obras de cooperativas “Agua+Trabajo” en la cancha al aire libre del Club 11 Corazones, en Laferrere, Matanza, el 22 de marzo de 2007 (notas de trabajo de campo). O entre el Movimiento Evita y sectores de la UOCRA (sindicato dentro de la CGT) en la movilización a Plaza de Mayo ya mencionada de 2006.

<sup>16</sup> El presidente evitaría valerse del clivaje peronismo-antiperonismo; apelaría a diversos sectores que no provenían del justicialismo a partir de un discurso de oposición al neoliberalismo; rompería con la práctica discursiva tan frecuente entre la dirigencia del PJ de citar frases de Juan Domingo Perón para justificar sus propias posiciones; incorporaría a Yrigoyen, Moreno y otras figuras previas a la tradición peronista en su reivindicación de líderes históricos, y los presentaría como antecesores del proyecto nacional que impulsaba su propio gobierno. Incluso carecería, en los actos proselitistas, de las clásicas representaciones visuales peronistas. En palabras de Altamirano (2004), “es un presidente que procede del peronismo pero no actúa como un presidente peronista. [...] Este gobierno no solicita la identificación peronista de sus simpatizantes. No dice que

canto espontáneo de la marcha peronista. Es decir, se disponían, al final de cada acto nacional o provincial en el distrito y fuera de él, a cantar la marcha peronista *a capella*, dado que desde la organización de los actos del gobierno nacional no se contemplaba que hubiera un audio de la misma, como sí lo había en los actos partidarios organizados por el intendente.<sup>17</sup> Así lo ilustraba Javier (al igual que otros entrevistados) en su relato sobre un acto con la presencia de Kirchner en el distrito:

Javier: No sé si estuve en el acto que vino el presidente, en la inauguración. El acto terminó... ¿Viste que no se canta la marcha peronista en los actos del presidente? No estaba nada preparado. Dicen que había 10 mil personas. [...] Terminó el acto, cantamos espontáneamente, y te juro que fue espontáneo, la marcha peronista. La cantamos toda, y como corresponde. Balestrini, o sea se quedaron en el escenario con nosotros. El mensaje es claro. La Matanza es peronista.

(Entrevista N° 15 en Argentina. Javier, militante del PJ de Matanza)

Ese tipo de competencia en términos de visibilidad en la movilización, de demostración de fuerza de cada sector, no ha sido, por supuesto, exclusivo del kirchnerismo como conjunto político. Pero sí se perfilaba, en el período tomado por este trabajo (2003-2007 en Argentina, 2002-2006 en Brasil) como un elemento mucho más característico del caso argentino que del caso brasilero.

En el caso brasilero, por otro lado, la disposición a movilizarse en defensa del gobierno o para su aclamación aparecía sólo en el PT, sus aliados partidarios históricos (PCdoB y, en menor medida, PSB),<sup>18</sup> la CUT y el MST (y

---

para apoyarlo deben cantar la marcha [*la marcha peronista*] o adherir a la mitología peronista. De hecho, la iconografía no ocupó ni ocupa un lugar relevante” (Entrevista a Altamirano, en Natanson, 2004: 65-67).

<sup>17</sup> Ejemplos de esa suerte de imposición de la marcha desde abajo se vieron en un acto de Kirchner en Laferrere (22/3/2007); en el acto de Cristina Fernández de Kirchner por el “Día de la Lealtad” y como candidata presidencial en una escuela fábrica en La Tablada (17/10/2007); y también en el acto de lanzamiento de la fórmula Scioli-Balestrini para la gobernación de la provincia de Buenos Aires, en Mar del Plata (21/8/2007).

<sup>18</sup> He aclarado que “en menor medida”, porque ese sello tuvo su propio candidato presidencial en algunos comicios, como en 2002, con Anthony Garotinho. El PSB apoyó a Lula recién para la segunda vuelta y luego se convirtió en un aliado. Sin embargo, la heterogeneidad al interior de este sello partidario hacía, que mientras algunos de sus dirigentes se consideraban a la izquierda del gobierno en términos políticos, otros

otras organizaciones no partidarias de menores dimensiones). Los sellos partidarios que conformaban la base oficialista pero que no tenían una trayectoria común con el PT no se movilizaban en defensa del gobierno (PTB, PP, PL, etc.). Y aquí es donde se observaba la noción, presente entre los entrevistados del autodenominado “núcleo” oficialista de Lula, de la movilización como delimitador de una suerte de genuina pertenencia al conjunto, como demarcando la lealtad al gobierno. El año 2005 –con el escándalo del *Mensalão*<sup>19</sup>– y, en menor medida, 2006 –cuando Lula no obtuvo los votos necesarios para vencer en primera vuelta y debió competir en el *ballotage* contra Alckmin–, habían sido dos momentos de revitalización de la movilización que parecía desactivada desde antes de 2002. Los distintos entrevistados del PT, por ejemplo, recordaban haber participado de movilizaciones en ambas ocasiones y describían un bajo nivel de movilización previo a 2005. Pero ese aumento de la demostración activa de apoyo frente a la sensación de amenaza no se observaba en toda la base oficialista sino sólo en aquellas organizaciones consideradas más afines al gobierno (auto-concebidas como el núcleo oficialista) y definidas por el PT como “bloque democrático-popular”: PT, PCdoB, CUT, MST, etc. Para los entrevistados de esas organizaciones movilizadas, ello evidenciaba quiénes estaban abogando genuinamente por la supervivencia del gobierno y quiénes, por otro lado, una vez más mostraban, a través de su ausencia en los procesos de movilización defensiva, su carácter de aliados circunstanciales.

La noción de la movilización en defensa del gobierno como garante de gobernabilidad, sin embargo, no fue mayoritaria en el PT durante el primer gobierno de Lula. Primó, en cambio, como ya vimos, la idea de una necesaria alianza parlamentaria con aquellos sellos partidarios no históricamente afines al

---

miembros, como Reinaldo, uno de los entrevistados, constituyeran ejemplos de significativos sectores más conservadores dentro del PSB y en distintas regiones del país. En 2013, el PSB acabó distanciándose del gobierno de Dilma, rompiendo la alianza con el PT y presentando luego un precandidato presidencial propio para 2014, Eduardo Campos. Campos moriría en un accidente aéreo el 13 de agosto de 2014, pocos meses antes de las elecciones, siendo su postulación reemplazada por Marina Silva, afiliada reciente al partido luego de que el Tribunal Superior Electoral no aprobara un sello partidario propio creado a inicios de 2013 para su eventual presentación en 2014 (bajo el argumento de que no podían probar la autenticidad de los avales y afiliaciones presentadas).

<sup>19</sup> Las denuncias respecto del proceso denominado de modo amplio *Mensalão*, con un auge en 2005, referían a dos supuestos mecanismos: por un lado, el pago de sobornos a legisladores de partidos aliados para que votasen afirmativamente por proyectos de ley impulsados por el gobierno (que fue denominado *Mensalão*); y, por otro, la existencia de una enorme suma oculta y no declarada de dinero para campañas del PT manejada por la tesorería del partido (que recibió el nombre de *Caixa 2*).

PT para poder asegurar la sustentación del gobierno. En otros términos, la movilización defensiva no carecía de importancia para los entrevistados petistas y de otras organizaciones, pero primaba, como elemento garante de la gobernabilidad, la confección de una base parlamentaria oficialista amplia y con actores no históricamente asociados o afines al PT.

Otro elemento observado en relación con la cuestión de la movilización es el problema de la movilización crítica al gobierno o con reclamos dirigidos a éste, que aunque era asociada por los entrevistados más bien a las posibilidades de incidir sobre el rumbo u orientación del gobierno, también aparecía condicionada por el criterio de gobernabilidad. En este punto, también se advierte un contraste entre ambos países. En Argentina, esta forma de movilización (crítica) no era propuesta ni tampoco descripta por los entrevistados como propia de la pertenencia (en ninguno de los tres sectores relevados: espacio partidario, organizaciones sociales y centrales sindicales). No se concebía la necesidad de movilizarse para reclamarle a Kirchner un rumbo de gobierno o medidas específicas. En la práctica, la movilización de presión al gobierno era concebida como “hacerle el juego” a la oposición, y era evitada. La desaparición, al incorporarse al gobierno, de la movilización crítica como parte del rol propio o distintivo de las organizaciones sociales ha sido motivo de debate e interpretaciones disímiles (Svampa y Pereyra, 2003; Natalucci, 2008; Natalucci y Schuttenberg, 2010). En el marco de su pertenencia al oficialismo, cabría argumentar que las organizaciones sociales kirchneristas en Argentina reemplazaron la estrategia de demandas públicas colectivas al Estado –antes llevadas a cabo, incluso, en cooperación con otras organizaciones piqueteras– por una relación específica con el gobierno nacional, incluso, en muchos casos, diferenciada para cada organización. Ese fenómeno fue acompañado de una resignificación de la movilización y la casi desaparición de la misma en su carácter crítico o reivindicativo frente al gobierno. En coincidencia con Natalucci (2008: 1363), la “movilización ya no era de confrontación [...], no era el Estado el destinatario de las demandas”.

Las palabras de Sandra, de Barrios de Pie, ilustraban la forma en que las organizaciones sociales kirchneristas leían ese nuevo contexto, y dejaban implícito el abandono de la movilización crítica o reivindicativa al gobierno, dado que consideraban que esos recursos que antes reclamaban eran ahora garantizados (aunque no fuese a todas las organizaciones, sino sólo a las oficialistas).

Sandra: Hubo mejoras concretas para los sectores más humildes. Hubo una recomposición de las políticas sociales. Nosotros pasamos de tener tanta cantidad de comedores, en donde los recursos, la comida, la mayoría eran conseguidos a través de la

lucha, la pelea, para que tal municipio te lo diera... y eso comenzó a circular de manera más sólida por propia cuenta del gobierno nacional.

(Entrevista N ° 29 en Argentina. Sandra, militante de Barrios de Pie/Libres del Sur. Ciudad de Buenos Aires).

Y en aquel nuevo contexto, el propio rol se planteaba como distinto al del pasado. En ese sentido, Hernán Letcher, de la FTV,<sup>20</sup> entrevistado en *La Nación*, decía “Hoy participamos del debate de poder. Dejamos la resistencia y tenemos experiencias propositivas. Nuestro rol es más amplio” (*La Nación*, 8/9/08). Sin embargo, esta idea de Letcher de una participación en “el debate de poder” no es la que predominaba en las entrevistas a militantes y dirigentes locales kirchneristas. En éstas, en cambio, sobresalía la idea de que no había condiciones, dado el modo de funcionamiento interno del oficialismo y las características del liderazgo de Kirchner, para una real influencia de las organizaciones sobre las decisiones y medidas más generales del gobierno (aunque éstas luego terminaran, de todos modos, siendo favorables a las organizaciones o pasibles de apoyo por parte de las mismas). Aparece aquí, entonces, la cuestión de la no construcción de una fuerza política organizada<sup>21</sup> por parte del presidente. Al no haberla creado Kirchner, no había una fuerza que pudiera incidir efectivamente sobre la política de gobierno. Esta política era decidida más bien por un círculo muy pequeño, y más tarde anunciada públicamente a la ciudadanía y a los distintos actores del oficialismo. No había, así, espacios de articulación y de discusión dentro del oficialismo.

Pastor: Si el gobierno toma tal o cual determinación en lo que fue, qué se yo, la estatización de AySA, Aguas. Digo, está bien, está mal. El gobierno toma una decisión, entendiendo que es lo mejor. Digo, de ahí para abajo, ¿hubo discusión? Yo como

---

<sup>20</sup> Letcher se alejó de la FTV, según su biografía redactada en su página web personal, en 2006, “por diferencias políticas”. Referente de la agrupación Segundo Centenario, tuvo distintos cargos en el Estado nacional (en el Ministerio de Desarrollo Social y la jefatura de gabinete). En 2013 fue electo concejal por San Martín.

<sup>21</sup> Se reiteraba, asimismo, la idea, entre los entrevistados de los tres sectores, de que el kirchnerismo no se constituía como fuerza organizada, de que Kirchner había decidido mantener a todo el conjunto atomizado, sin estructurarlo como una coalición o como una fuerza política propia organizada. Varios entrevistados dentro del conjunto kirchnerista caracterizaban incluso la articulación política del presidente como desarrollada a través de relaciones radiales (con él mismo o con interlocutores específicos de su entorno), sin una construcción horizontal sostenida entre las distintas organizaciones y sectores.

oficialista te lo digo. No hubo discusión.

(Entrevista N ° 26 en Argentina. Pastor, dirigente de un sindicato dentro de la CGT y legislador de La Matanza)

Entre los entrevistados del oficialismo en Brasil, la movilización reivindicativa o que interpelaba al gobierno en sus carencias aparecía como un fenómeno supuestamente deseable en algunos relatos de petistas y cutistas. Pero quedaba considerablemente limitada, según ellos mismos, ante la concepción de la necesidad de sostener la estabilidad del gobierno en vez de ponerla en juego con medidas de fuerza.

En la CUT, por ejemplo, la noción de que se trataba de un gobierno propio, conducido por el líder histórico de la central, tenía repercusiones significativas sobre la idea del propio rol y el lugar que pasaba a ocupar la movilización crítica. De ese modo, se dibujaba un contraste reiterado en los entrevistados: la expresión de deseo de asumir un rol que habilitara la movilización crítica, de modo de poner en discusión el rumbo del gobierno, iba seguida de aclaraciones en torno a los límites que debía tener esa presión, y al reconocimiento de que, en la práctica, la CUT no había cumplido ese papel de “empujar” al gobierno, no se había movilizado como podría haberlo hecho dada su trayectoria. Se observaba así una frustración similar a la de entrevistados del PT en torno a su rol:

Jonás: Decíamos que iba a ser un gobierno lleno de contradicciones. Que exigiría de nosotros, del movimiento sindical de izquierda, una disposición de estar presionando al gobierno para que se decidiese por la izquierda. Y una manera de hacer esa presión sería colocando a la masa en la calle. [...] Te voy a hablar de cosas muy personales. Tengo una evaluación crítica de la CUT en esos años, muy dura. Creo que perdíamos tiempo, en un momento de la historia que nos era muy rico. No supimos comportarnos... en el plenario de 2002 sacamos una resolución teórica buena: “vamos a sacar las masas a la calle para presionar al gobierno por izquierda y hacer una disputa por la hegemonía”. Perfecto, pero llevó un año preparar la primera manifestación. Me incomoda el grado de timidez con que hicimos todo eso. [...] Ya van seis años de gobierno de Lula e hicimos mucho menos de que lo podíamos hacer. [...]

Dolores: ¿Y por qué creés que era tan difícil hacerlo [movilizarse]?



Jonás: Había de todo. Primero creíamos que estábamos agrediendo al gobierno si hacíamos eso, porque tenemos una tradición de movilizar, de presionar insultando.

(Entrevista N ° 19 en Brasil. Jonás, dirigente de la CUT en Río de Janeiro)

Para el MST, por otro lado, la movilización crítica como modo de garantizar conquistas era un núcleo fundamental de los relatos en las entrevistas y también de documentos o declaraciones públicas de la organización. El número de campamentos instalados por el movimiento incluso crecería entre 2002 y 2005 (Boito, Galvão y Marcelino, 2009).

El rol en términos de movilización crítica e incidencia sobre el rumbo del gobierno se concebía en el MST como necesario e irrenunciable. Algo diferente, por cierto, al modo en que se concebían varias organizaciones sociales en Argentina. Y ello se ha observado también en la coyuntura reciente, por ejemplo, con ocupaciones de los distintos edificios del ministerio de Economía en Brasilia y otros Estados para reclamar contra el ajuste fiscal en julio de 2015. Claro que el MST ha sido tal vez una de las organizaciones, consideradas dentro del oficialismo, que más distancia mantuvo con el gobierno.<sup>22</sup> Pero, en los últimos años, incluso distintas corrientes al interior del PT –que no constituyen, de todos modos, el autodenominado “campo mayoritario” dentro del partido– no sólo han participado de movilizaciones reivindicativas sino que, en el marco de movilizaciones de defensa del gobierno, han llevado consignas de críticas parciales (a la política económica, por ejemplo).

Aunque tenue, ese contraste en el modo de concebir la movilización crítica o reivindicativa entre los actores oficialistas argentinos y brasileros tuvo, con el paso del tiempo, correlatos también diferenciados. Así, en las movilizaciones de 2013, con epicentro durante el mes de junio, algunos grupos al interior del PT y de miembros de ciertas organizaciones afines al gobierno de

---

<sup>22</sup> De todos modos, los propios entrevistados del MST reconocían hallarse en un lugar difícil de identificación. No se consideraban parte del gobierno (aunque algunos de sus dirigentes estaban insertos en gobiernos locales petistas, y la organización se había movilizadopor el gobierno en distintas ocasiones), pero tampoco se consideraban oposición. Los entrevistados incluso insistían con la idea de procurar situar al movimiento más allá de la cuestión de la pertenencia o no al oficialismo, y contaban que todos intentaban caratularlos, como oficialistas, o como oposición, y que ellos se sentían incómodos con esa dicotomía. Los testimonios en el PT incluso eran diversos en ese sentido: para algunos, el MST se había “institucionalizado” y perdido dinamismo, mientras que otros acusaban al movimiento de acciones demasiado críticas frente al gobierno.

Dilma, participarían –aunque tímidamente, y, en muchos casos, sin banderas, o distintivos de sus propias organizaciones– de las protestas, que desbordaron la inicial convocatoria contra el aumento del transporte público en San Pablo (tanto en términos de sus dimensiones y composición de los manifestantes, como en las consignas esbozadas). En Argentina, en cambio, este tipo de participación de organizaciones kirchneristas en movilizaciones de protesta que interpelaran de modo directo o indirecto al gobierno no tendría lugar.

Un último elemento relativo a la movilización, y tomando en cuenta la noción antes analizada de la importancia de la política de alianzas para garantizar la gobernabilidad, es la auto-presentación de algunas organizaciones dentro del oficialismo como portadoras de un rol distintivo. Su capacidad de defender al gobierno en la calle, su potencial movilizador frente a las amenazas externas era un elemento que las organizaciones sociales en Argentina, el MST en Brasil, y dos de las centrales sindicales oficialistas (la CTA y la CUT) se atribuían como distintivo. Definían, así, su propio rol en términos de consolidar al gobierno, “bancarlo”, fortalecerlo, y la movilización defensiva o aclamatoria era presentada como un mecanismo funcional a ese papel, como un modo de operacionalizar ese rol. Era esa capacidad de movilización y de demostración de fuerza propia lo que los distinguía, en su propia visión, de otros actores, aquello que ellos podían aportar específicamente para sustentar al gobierno, mucho más que la tracción de votos, por ejemplo. Esa noción de función distintiva de consolidar al gobierno a través de la movilización estaba incluso presente en la propia convocatoria inicial del gobierno a las organizaciones sociales en Argentina. Es en ese sentido que un dirigente de estas organizaciones decía que el gobierno los había llamado para “ganar la calle”. Es decir, con la intención de que su propia movilización aclamatoria disputara la calle a la movilización crítica de organizaciones piqueteras o políticas opositoras. De modo similar, en un documento conjunto,<sup>23</sup> las organizaciones anunciaban el viraje en la concepción del propio rol:

Hemos conquistado, tras muchos años de lucha, la oportunidad histórica de reconstruir un proyecto nacional y popular que asuma la empresa de la liberación. Fuimos protagonistas de la pelea que abrió una perspectiva de cambio en la Argentina; somos responsables de asegurar su consolidación y profundización, construyendo más fuerza organizada, más poder popular para que no haya retroceso posible.

---

<sup>23</sup> “El avance del campo popular. Un rumbo en disputa”, documento elaborado en el Encuentro de la Militancia de la Coordinadora Nacional de Organizaciones Sociales-CTA”, que agrupaba a las organizaciones sociales oficialistas dentro de la CTA en la provincia de Buenos Aires y la Capital Federal.

(Encuentro de la militancia de la Coordinadora Nacional de Organizaciones Sociales de la Provincia de Buenos Aires y Capital Federal – CTA, 2006).

Entre los entrevistados de la CGT, en cambio, el tema de la movilización defensiva en relación con la gobernabilidad casi no aparecía. Éste y otros elementos ya exhibían durante el gobierno de Néstor Kirchner –años antes de la ruptura de Hugo Moyano y gran parte del sector que lo seguía dentro de la CGT con el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner– un lazo menos intenso en términos identitarios que el de otros actores del oficialismo kirchnerista.<sup>24</sup>

En Brasil, ese rol de movilización para la defensa del gobierno era concebido como permanente por los entrevistados de la CUT y del PT. Y para el MST, como esporádico, o reservado para momentos específicos que el movimiento concebía como de amenaza factible a la estabilidad del gobierno (ante la posibilidad de un proceso de *impeachment* contra Lula en 2005 por los escándalos de corrupción,<sup>25</sup> y para la segunda vuelta en las elecciones presidenciales de 2006, en la que Lula procuraba su reelección y competía con Alckmin, un candidato del PSDB). El testimonio de Jair, dirigente local del movimiento en San Pablo, ilustraba ese apoyo activo al gobierno frente a la posibilidad de que éste perdiera las elecciones en 2006, afirmando que “no

---

<sup>24</sup> Incluso, en términos de las definiciones de pertenencia en sentido estricto, es decir, qué significaba pertenecer, dónde estaba el “nosotros”, los entrevistados de la CGT postulaban una noción del gobierno como un actor separado, con el que Moyano, líder de la central, negociaba en nombre de ésta, y forjaba una relación cercana que debía beneficiar a los sindicatos de la CGT, pero no se veía un “nosotros” que incluyera a la central y al gobierno tan claro como en la CUT. La relación con Kirchner databa de un momento posterior a la llegada al poder, se reivindicaban los logros del gobierno, y había una concepción de la propia confederación como un actor central, ineludible como factor de poder dentro del oficialismo, y hasta incluso había un relato de todo lo que el gobierno de Kirchner había hecho por “los trabajadores” o contra el modelo previo. Pero la pertenencia se planteaba de modo muy distinto a la CUT. Las trayectorias no coincidían como lo hacían las de los dirigentes de la CUT y Lula. Kirchner no sólo no era uno de ellos, sino que algunos de los símbolos que impulsaba el presidente –el setentismo– eran, como ya vimos, opuestos a los que vastos sectores de la CGT reivindicaban como parte de su historia de lucha sindical. Nuevamente, en la CGT, al igual que en varios entrevistados del PJ se observaba una pertenencia muy primaria al peronismo por sobre el alineamiento al kirchnerismo.

<sup>25</sup> Según Hochstetler y Friedman (2008), cerca de 10.000 personas se manifestaron reclamando un *impeachment* a Lula en agosto de 2005, y la contra-protesta en apoyo a Lula alcanzó un número similar en agosto en San Pablo. Santos (2005) también menciona esas movilizaciones en apoyo a Lula por parte de la CUT y el MST.

podíamos quedarnos de brazos cruzados viendo cómo eso pasaba. Tuvimos que hacer una gran reunión con varios movimientos sociales. Y ahí vimos que muchos no se involucraban [...] para evitar que la derecha pudiese venir con más fuerza... hicimos campaña en la calle, con periódicos, panfleteando”.

En ese sentido, el rol auto-concebido del MST en forma cotidiana no era el de defender o afianzar al gobierno. El rol del MST tampoco se postulaba, como sí en las organizaciones sociales kirchneristas, en relación con el gobierno. Pero aquel rol de defensa sí era activado en determinadas situaciones de amenaza concreta, en las que su posición a tomar era clara, porque en última instancia, las amenazas a la gobernabilidad de Lula, como el PSDB, eran también amenazas para el propio movimiento. El retorno del PSDB al poder, por ejemplo, implicaría, según los entrevistados, el retorno de la represión, de la persecución y criminalización de los sin tierra. La asociación era directa, y su contundencia era marcada en cada relato explicativo del apoyo que le daban al gobierno en determinados momentos clave.<sup>26</sup>

Para la CUT, cuyos dirigentes habían manifestado que el gobierno de Lula era un gobierno propio, el rol de movilización defensiva asumía un sentido más permanente. Sin embargo, también eran centralmente esos mismos dos momentos que vimos para el MST –frente al escándalo del *Mensalão* en 2005 y para las elecciones de 2006– los que habían motivado la convocatoria de una movilización defensiva. En 2005, así, la marcha o “invasión” al Congreso, en Brasilia, había tenido, para Jonás, dirigente de la CUT de Janeiro, un mensaje contundente: “si ustedes piensan provocar el *impeachment* de Lula, vamos a parar Brasil, prepárense para eso. Y los tipos retrocedieron, con miedo a aquello. Fue la primera manifestación vigorosa que tuvimos en el gobierno, más allá de las reivindicaciones sindicales”.

## 5. A modo de cierre

A simple vista, tanto una política de alianzas amplia como la movilización defensiva pueden ser pensados como contribuyendo a la gobernabilidad, y sus opuestos –una política de alianzas muy restrictiva con la consecuente soledad virtual en el poder, y la movilización crítica o reivindicativa– como minándola. Sin embargo, el presente trabajo ha procurado mostrar los matices, asociaciones diversas y contrastes en torno a estos distintos elementos que aparecían en las concepciones de los propios actores colectivos de la base organizada de los presidentes Lula y Kirchner, el denominado oficialismo. Por ejemplo, si entendían su propio rol de sustentación dentro del oficialismo a través de la

---

<sup>26</sup> Esta movilización defensiva del gobierno esporádica y selectiva también ha sido analizada por Bringel (2006) y Vergara-Camus (2006).

movilización (organizaciones sociales y centrales sindicales, aunque sin ese énfasis en la CGT), o bien si concebían la gobernabilidad como producida por otros elementos como la política de alianzas (PJ, transversales, espacio partidario brasilero) y la movilización era en cambio un mero criterio delimitador de una suerte de genuina pertenencia –sólo los verdaderos aliados u oficialistas se movilizan para defender al gobierno– (PT, PCdoB y otros actores respecto del resto del espacio partidario que constituía la base parlamentaria de Lula).

Pero además, el analizar en este trabajo las nociones de gobernabilidad y movilización presentes en los propios actores, el respectivo peso de las mismas, la intensidad y relación mutua nos permite interrogarnos, aunque sea preliminarmente, sobre otro punto, vinculado a las definiciones de pertenencia y el vínculo de distintas organizaciones y espacios más inorgánicos con el gobierno. Los modos de definir el “nosotros” en la pertenencia al oficialismo eran bien diversos. El modo de entender el “ser oficialista” y sus implicancias, entonces, diferían, en intensidad pero también cualitativamente. A modo de síntesis, esas definiciones de pertenencia disímiles, podrían organizarse, para el período del gobierno de Kirchner y el primer mandato del de Lula, en una matriz de análisis:

GRUPO	ORGANIZACIONES/ ESPACIOS	CARACTERÍSTICAS
A	Transversales del espacio partidario, organizaciones sociales kirchneristas, PT, CUT, Pcdob.	Definiciones de pertenencia muy intensas. Noción de necesaria defensa permanente del gobierno. Discurso y movilización aclamatorios.
B	CGT, sellos partidarios aliados a Lula como el PL, PMDB, etc.	Definiciones identitarias menos intensas en torno al gobierno y al presidente, aunque se consideraban a sí mismos parte del oficialismo. Movilización de símbolos, por parte de los entrevistados, disímiles a los de otros actores colectivos e incluso, en ocasiones, a los del propio presidente.
C	CTA como central total y MST.	Énfasis en la autonomía. Posición formal y pública de ambas organizaciones resaltaba la no pertenencia al oficialismo. En su interior, sin embargo, existencia de grupos oficialistas. Movilización aclamatoria o en defensa del gobierno de carácter esporádico o ante situaciones críticas.

¿Y dónde iría el PJ, uno de los actores fundamentales en este estudio?

Las redes del PJ, paralizado en tanto unidad política nacional desde 2005 a 2008, parecían dividirse en dos partes. Una que podría ir junto al PT, en el grupo A, compuesta por funcionarios, legisladores y algunos dirigentes que postulaban una pertenencia en términos claramente identitarios en torno a la figura del presidente y que eran parte del PJ. Sin embargo, esas figuras no estaban entre los entrevistados de esta investigación. Estos últimos, tanto quienes habían apoyado a Kirchner en 2005 contra el duhaldismo, como quienes habían integrado las filas de este último grupo, definían su pertenencia al oficialismo nacional en términos menos intensos, y exhibían algunos símbolos identitarios y lecturas disímiles a los que movilizaba el presidente, lo cual los colocaría más bien en el grupo B.

En dos conjuntos oficialistas o bases de sustentación activa carentes de una identidad compartida (Rocca Rivarola, 2013b), y en los que las definiciones de pertenencia de los distintos actores colectivos se muestran tan diversas, la conceptualización de Mische (1997) sobre la identidad que era presentada al inicio de este trabajo se vuelve sugerente. En un escenario de identidades políticas fluctuantes y de partidos que no logran configurarlas de modo duradero en el electorado, las tres dimensiones de la identidad postuladas por Mische nos permiten pensar la pertenencia al oficialismo de actores colectivos cuyo vínculo no deja de ser flexible e informal. La inserción de los individuos en sus redes de participación produce un *reconocimiento* propio y mutuo; el establecimiento de lazos, significados colectivos y compromisos al interior de esas redes es la *experiencia* construida; y, finalmente, la identidad acaba promoviendo y delineando, como *orientación*, la acción presente y futura.

Con el paso del tiempo, y terminado el período del recorte temporal de este trabajo, los conjuntos oficialistas brasileño y argentino fueron mutando considerablemente en su composición, relación de fuerzas y dinámicas internas. A modo de ejemplo, en Brasil se produjo una incorporación formal del PMDB, con asignación de ministerios e incluso en 2010 con candidato propio a la vicepresidencia en la fórmula encabezada por Dilma. Este sello no había forjado en 2002 una alianza concreta y orgánica con Lula, aunque algunos de sus dirigentes apoyaran a ese candidato en los Estados. El PMDB ya incorporado asumió entonces un lugar de privilegio dentro de la base parlamentaria y regional del gobierno, y, sin embargo, mantendría una relación un tanto condicionada y virtualmente desprovista de definiciones identitarias de pertenencia con el gobierno de Dilma Rousseff. Poco después de iniciado 2015, incluso (a escasos meses de transcurridas las elecciones presidenciales), los presidentes de la Cámara de Diputados —en la cual el bloque del PMDB se convirtió en 2014 en el segundo mayor, después del PT, con 66 miembros sobre 304— y del Senado —en el cual el bloque del PMDB es el más numeroso desde 2014, con 19 miembros

sobre 52–, ambos del PMDB (Eduardo Cunha y Renan Calheiros), exhibían un distanciamiento explícito respecto de la presidenta y de la agenda de gobierno.<sup>27</sup> Por su parte, los actores colectivos autodefinidos como bloque o núcleo democrático –PT, CUT, PCdoB, etc.– organizaron y participaron, durante 2015 (de febrero a agosto y luego en diciembre), de algunas movilizaciones en defensa del gobierno. No obstante, algunos grupos al interior del PT –no su sector mayoritario, denominado *Construindo um Novo Brasil*– y el MST se pronunciaron, al movilizarse, con críticas parciales (no de impugnación del gobierno en sí mismo) como el rechazo de la política económica de ajuste del Ministro Levy.

En Argentina, por su parte, a diferencia del conglomerado del período 2003-2007, compuesto por la denominada transversalidad a nivel partidario y por distintas organizaciones sociales (como la FTV, Movimiento Evita, Frente Transversal Nacional y Popular y Barrios de Pie) que coexistían con las redes locales del PJ, el oficialismo kirchnerista de los gobiernos de Cristina Fernández de Kirchner experimentó, especialmente desde 2010, varias transformaciones. Por un lado, la ruptura de la CGT conducida por Hugo Moyano, y la partición nuevamente de la CGT (en aquel fragmento y otro, que permaneció afín al gobierno, dirigido por Antonio Caló). Por otro lado, el ascenso vertiginoso al interior del Estado y el crecimiento organizativo exponencial de una agrupación (no en el sentido tradicional de agrupaciones del PJ sino por fuera de éste), La Cámpora, que acabó opacando la presencia y peso de las demás.<sup>28</sup> Y paralelamente, una tercera transformación fue la proliferación de una galaxia de múltiples organizaciones menores autodefinidas como políticas pero muchas de ellas no inscriptas en (ni llamando a afiliarse a) a un partido político, y que confluirían en un espacio inaugurado y bautizado por la propia presidenta en 2012: Unidos y Organizados.<sup>29</sup> La movilización oficialista en defensa del gobierno aumentaría su intensidad luego de finalizado el mandato de Kirchner, y tendría su punto de apogeo en 2008 (con la denominada “crisis del campo”), en 2010 (con la muerte de Kirchner), y en algunos momentos clave anualmente (aniversario de la asunción de Kirchner, asunción de los dos gobiernos de Cristina Fernández, días de alocución de la presidenta al Congreso, etc.). Cabe en futuros trabajos abordar e interpretar, entonces, las dinámicas internas y

---

<sup>27</sup> En diciembre de 2015, incluso, en el medio de un escenario de posible avance de un proceso de *impeachment*, se filtraría a la prensa una carta del vicepresidente Michel Temer (del PMDB) a Dilma criticando la supuesta desconfianza que la presidenta habría exhibido en torno a él y un consecuente relevamiento de su figura en el gobierno.

<sup>28</sup> Para trabajos propios sobre la agrupación, ver Rocca Rivarola (2014, 2015a y 2015b).

<sup>29</sup> Sobre las potencialidades y límites de Unidos y Organizados para constituirse en una fuerza propia estructurada del kirchnerismo, ver Rocca Rivarola (2015a).

perspectivas de estos conjuntos oficialistas posteriores o reformulados desde el final del recorte temporal tomado por este trabajo.

## 6. Bibliografía citada

- Altamirano, C. (2004), “‘La lucha por la idea’: el proyecto de la renovación peronista”, en: Novaro, M. y Palermo, V. (comps.), *La historia reciente. Argentina en democracia*, Bs. As., Edhasa.
- Arzadun, D. (2008), *El peronismo: Kirchner y la conquista del reino*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Auyero, J. (2006), “La zona gris: Las características políticas de los saqueos de 2001 en la Argentina”, en: Cheresky, I. (Comp.), *Ciudadanía, Sociedad Civil y Participación Política*, Buenos Aires, Miño y Dávila, pp. 345-384.
- Boito, A.; Galvão, A. y Marcelino, P. (2009), “Brasil: o movimento sindical e popular na década de 2000”, *Observatorio Social de América Latina (OSAL)*, CLACSO, Año X, N° 26, oct., pp. 35-55.
- Bringel, B. M. (2006), “El lugar también importa. Las diferentes relaciones entre Lula y el MST”, *Nera*, Año 9, N° 9, Julho-Dezembro, pp. 27-48.
- Cheresky, Isidoro (2004a), “Cambio de rumbo y recomposición política. Néstor Kirchner cumple un año de gobierno”, *Nueva Sociedad*, N° 193, Septiembre-Octubre.
- Denscombe, M. (1999), *The good research guide for small-scale social research projects*, Buckingham, Open University Press.
- Freire de Lacerda, A. D. (2002), “O PT e a Unidade Partidária como Problema”, *DADOS, Revista de Ciências Sociais*, Vol. 45, N° 1.
- Goldfrank, B. y Wampler, B. (2008), “From petista way to Brazilian way: how the PT changes in the road”, *Revista Debates*, Vol. 2, N° 2, julho-dezembro, pp. 245-271.
- Gutiérrez, R. (1998), “Desindicalización y cambio organizativo del peronismo argentino, 1982-1995”, *XXI International Congress of the Latin American Studies Association (LASA)*, Chicago.
- Hermanowicz, J. C. and Morgan, H. (1999), “Ritualizing the Routine: Collective Identity Affirmation”, *Sociological Forum*, Vol. 14, N° 2, June, pp. 197-214.
- Hochstetler, K.; Friedman, E. J. (2008), “Representação, partidos e sociedade



- civil na Argentina e no Brasil”, *Caderno CRH*, Vol. 21, Nº 52, Janeiro/Abril, pp. 47-66.
- James, D. (2004), *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*, Bs. As., Manantial.
- Kvale, S. (1996), *InterViews. An introduction to qualitative research interviewing*, London, Sage.
- Levitsky, S. (2003), *Transforming Labor-Based Parties in Latin America. Argentine Peronism in Comparative Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Meneguello, R. y Amaral, O. (2008), “Ainda novidade: uma revisão das transformações do Partido dos Trabalhadores no Brasil”, *BSP Occasional Papers*, Oxford. Disponible en: <http://www.lac.ox.ac.uk/sites/sias/files/documents/BSP-02-08%20Amaral%20O.pdf>
- Meo, A. I. y Navarro, A. (2009), *La voz de los otros. El uso de la entrevista en la investigación social*, Buenos Aires, Omicron System.
- Morse, J. (1994), “Designing Funded Qualitative Research”, en: Denzin, N. K. y Lincoln, Y. (eds.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks, California, Sage.
- Natalucci, A. (2008), “La experiencia de los frentes políticos kirchneristas. Reflexiones en torno a las posibilidades de reconstitución de un horizonte movimientista”, *Jornadas Internacionales de Problemas Latinoamericanos “Los movimientos sociales en América Latina. Pasado, presente y perspectivas”*, Mar del Plata.
- Natanson, J. (2004), *El presidente inesperado*, Rosario, Homo Sapiens.
- Patton, M. Q. (2002), *Qualitative Research & Evaluation Methods*, Thousand Oaks, Sage.
- Ribeiro, P. J. F. (2008), “Algumas notas sobre as eleições brasileiras de 2006: disputa presidencial e reafirmação da força eleitoral do PT”, en: Santander, C. U. y Freire Penteadó, N. (org.), *Os processos eleitorais na América Latina (2005-2006)*, Brasília, LGE.
- Rocca Rivarola, D. (2013a), “Militancia dentro y fuera de los partidos: nostalgia y adaptación en el compromiso militante en organizaciones oficialistas en Argentina y Brasil desde 2003”, *Debates*, Vol. 7, Nº 2, Porto Alegre, maio-agosto, pp. 77-92.
- (2013b). “Relaciones y definiciones de pertenencia en los

conjuntos oficialistas o bases de sustentación activa de Lula (2002-2006) y Kirchner (2003-2007): Principales argumentos”, *Temas y Debates*. N° 26, Año 17, Rosario. Julio-Diciembre.

----- (2014), “El libro ‘bueno’ y el libro ‘malo’ sobre La Cámpora: sus aportes para la investigación social sobre la militancia oficialista”, *Estudios*, N° 31, Córdoba, Centro de Estudios Avanzados de la Universidad de Córdoba, Enero-junio, pp. 259-267.

----- (2015<sup>a</sup>), “‘De Néstor y Cristina. De Perón y Evita’. Reflexiones sobre lo acontecido con la militancia kirchnerista y la identidad peronista desde 2003 hasta hoy”, *Revista SAAP*, Vol. 9, N° 1, pp. 143-172.

----- (2015b), “Vínculos y formas de la militancia oficialista como un modo de adaptación a las condiciones de fluctuación política en Argentina y Brasil”, *Papeles de Trabajo*, Universidad Nacional de San Martín, 9 (15), pp. 170-198.

Rubim, A. A. C. (2003), “Cultura e política na eleição de 2002: as estratégias de Lula presidente”, *XII Encontro Anual da Associação Nacional dos Programas de Pós-Graduação em Comunicação (COMPÓS)*, Recife/PE.

Sallum Jr., B. (2003), “Brasil. De la continuidad al cambio”, *Nueva Sociedad*, 184, Marzo/abril, pp. 4-12.

Samuels, D. (2008), “A evolução do petismo (2002-2008)”, *Opinião Pública*, Vol. 14, N° 2, Campinas, Novembro, pp. 302-318.

Santos, R. (2005), “Crise no Brasil: esquerda e política em tempo recente”, *Nueva Sociedad*, N° 200, noviembre-diciembre, pp. 4-11.

Sautu, R. (2003), *Todo es teoría. Objetivos y métodos de investigación*, Buenos Aires, Lumière.

Secco, L. (2011), *História do PT*, Granja Viana (SP), Ateliê Editorial.

Sidicaro, R. (2010), *Los tres peronismos, estado y poder económico*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Vergara-Camus, L. (2005), “The experience of the landless workers movement and the Lula government”, *Interthesis* [online], Vol. 2, N° 1, pp. 1-29.